

que fuese el nombre que tomaran, sacrificaban en todos los altares, y con esto evitaban el peligro en que los cristianos caían. No había en esto ninguna hipocresía. Plutarco, gran sacerdote de Apolo, ejercía sus funciones sacerdotales con todo el celo de un viejo creyente. En ello encontraba dulce complacencia, sin ningún embarazo para su conciencia. Los genios se lo explicaban todo y salvaban para él el dogma del Dios único y bueno.

Con esto, uno de los primeros adversarios dogmáticos de los cristianos, el filósofo Celso, declaraba no ver ninguna diferencia entre los ángeles de la nueva doctrina y los demonios de Platón. Los Padres de la Iglesia aceptaron también la demonología platónica, pero retorciéndola contra el politeísmo, y explicarán por este poder satánico los oráculos y los milagros con que pretendía autorizarse el paganismo.

No hemos hablado todavía de los *gnósticos*: era bueno reservar para el fin de nuestra reseña el hecho intelectual que caracteriza mejor la época que estudiamos: la pugna de dos sistemas. Gracias á la *pax romana*, los pueblos no se hostilizaban ya; pero las filosofías y las religiones pugaban entre sí, rompiendo contra el adversario sus formas particulares y cambiando todas sus ideas, sus ritos, y aun el traje de sus sacerdotes hasta que casi todas se reunieron en el catolicismo, es decir en la universalidad.

La *gnosis*, la expresión más completa de esta confusión, fué su resultado natural. Compuesta de elementos tomados de las doctrinas entonces dominantes en el imperio, judíos y cristianos, politeístas, y aun de las religiones de la Caldea, de la Persia y acaso de la India, no era ni una filosofía ó sistema racional, ni una religión, es decir, una ley, un libro, un texto sagrado. La imaginación desempeñaba aquí el oficio principal y hacía correr al espíritu todas las aventuras. Adeptos de una ciencia misteriosa, que llamaban ellos emanación directa de la divinidad, los gnósticos no tenían cuerpo de doctrina, ni estaban por consiguiente unidos por el lazo de un mismo dogma ni por la disciplina de una misma Iglesia: con esto la *gnosis* tiene mil fases. Al lado de las prácticas más groseras, se ve el más alto espiritualismo; en el fondo era una escuela de misticismo, es decir, de desorden religioso, á las veces, de inmoralidad, en razón de su orgullosa indiferencia respecto de las obras. Así, Basílides enseñaba que los *perfectos* se habían elevado, á fuerza de piedad, por encima de toda ley y que ningún vicio era una mancha para ellos. La *gnosis* debía ser y fué en efecto la madre de las numerosas herejías que después de haber turbado el imperio, reaparecerán amenazadoras en plena Edad media (1).

He aquí bastantes y diferentes sistemas; tienen, sin embargo, una tendencia común: el desprecio de la carne, el culto del espíritu, y la creencia cada vez más arraigada de una providencia divina. Toda filosofía tiende entonces al idealismo, toda religión al misticismo. El mundo marcha hacia el porvenir por estas dos vías que suelen confundirse; y entre los herederos de Catón y de Fabricio, en aquel pueblo de labradores interesados ó de usureros codiciosos, hay muchos ya poseídos de místicos fervores. Las pobla-

especialmente Epicteto, la adivinación que, personal en el consultante, no tenía el lazo necesario con el culto público, de modo que no practicarla no era una rebeldía contra la religión oficial.

(1) Sobre la *gnosis*, V. Matter, *Hist. del gnosticismo*. Un movimiento análogo de espiritualismo confuso, de interpretaciones y alegorías, daba también origen en los comienzos del cristianismo, á la cábala, cuyas doctrinas místicas y panteístas á la vez, ha expuesto M. Franck en su libro sobre la *Cábala ó la filosofía religiosa de los hebreos*.

ciones de las provincias orientales, donde la exaltación religiosa es endémica, fueron las primeras que se agitaron; las del Occidente cedían poco á poco. Entonces se comprende que será posible hacer abandonar á estos hombres la tierra cuya posesión tanto los complace por el cielo que se les va á dar en esperanza.

Ya vemos cómo se hacía, por la corriente del siglo, la *preparación evangélica*; cómo se ordenaba todo poco á poco en el mundo pagano para el triunfo de las ideas espiritualistas que se habían abierto paso en la enseñanza de Anaxágoras, de Sócrates y de Platón, de una manera filosófica; en los misterios, bajo la envoltura de los símbolos, y cuya forma religiosa, es decir popular, será el cristianismo.

Lo mismo sucede siempre. Ni en la historia ni en la naturaleza hay revoluciones repentinas. Las creencias que mueren se encuentran con las que llegan á la vida. Como los continentes cambian con lentitud sus formas, con lentitud también hacen las ideas su camino en la humanidad, y los que una nueva doctrina considera, después de su triunfo, como enemigos, no han sido á veces sino precursores.

## VI.—EL CRISTIANISMO.

Si tuviéramos que hacer la historia interna del cristianismo, deberíamos reconocer y seguir otras corrientes de ideas que han contribuido á formar el río inmenso. No impunemente habían vivido los judíos entre los sectarios del Avesta y se hallaban en medio de una sociedad tan agitada por el pensamiento religioso. Desde Alejandro, todo el Oriente helénico estaba en trabajo de renovación. En el viejo Egipto, hasta en la Palestina, se hacía uso del procedimiento de que se habían servido los filósofos griegos para la explicación de las fábulas religiosas. La Biblia no era un texto imperativo; los judíos de la escuela de Tiberíades, los de Alejandría sobre todo, practicaban la máxima de San Pablo: «La letra mata; el espíritu vivifica,» y Filón nos ha demostrado, cuántas innovaciones hacían aparecer estas libres interpretaciones. Pero el estudio de los orígenes cristianos y de la exégesis del Nuevo Testamento no son de la competencia de la historia política. Esta no tiene el derecho de tratar del cristianismo hasta que vino á ser un hecho social, es decir cuando llegó á interesar á una parte del pueblo y llamó la atención de los poderes públicos. Era, al contrario, un deber para ella estudiar la evolución producida por la influencia de la filosofía griega en el seno de la sociedad romana. Importaba hacer ver cuántas causas concurrían entonces á crear el nuevo espíritu, que bajo la dirección de la Iglesia, iba á conducir el mundo greco-latino á vías por las cuales no había andado aun.

En otro lugar vimos la confusa aparición del cristianismo en la capital del imperio desde el tiempo de Nerón y Domitiano; la prueba de los progresos que sordamente hacía en época de Trajano, el valor de sus apologistas en los reinados de Adriano y de Antonino, y el heroísmo de los mártires bajo el poder de Marco Aurelio.

A la muerte de este príncipe, contaba el cristianismo siglo y medio de existencia, que había invertido en precisar la doctrina del Dios personal y múltiple, del Verbo encarnado, revelador de la palabra divina y redentor de la humanidad caída, del Espíritu que ilumina las almas por la gracia, de la fe que las salva, de la resurrección de la carne para la recompensa de los buenos y el castigo de los malos. Había redactado sus escritos canónicos, regulado su culto y la disciplina de la primera fase de su existencia.

Por el dogma de la comunicación del Espíritu Santo en la Iglesia, había preparado sus desarrollos ulteriores y cons tituido el poder doctrinal de los obispos, que estaban investidos de la doble autoridad conferida por la elección popular y por la consagración religiosa. El número de obras que la Iglesia declaraba apócrifas, el de las herejías que había impugnado ya, probaban su vitalidad (1).

Durante mucho tiempo no se había propagado la fe sino en las capas inferiores de la población (2) adonde llevaba consuelos para todas las miserias, y aquella virtud, la caridad, que habían enseñado desde el principio Cristo y San Pablo. Condenaba la riqueza que le parecía «fruto de iniquidad ó herencia de injusticias (3)» y amaba la pobreza, el sufrimiento, como la condición del rescate de la vida terrenal. Los filósofos, que sólo abrían su cielo á las almas escogidas, á los espíritus elevados, le herían por esta solicitud para con los humildes. «Mientras los demás cultos, decía uno de ellos, llaman á sus ceremonias á aquellos cuya conciencia está pura, los cristianos prometen el reino de Dios á los pecadores y á los insensatos, es decir á los malditos de los dioses.» Hablando así Celso, marcaba bien el punto esencial: la redención en la Iglesia y no fuera de la Iglesia, por la fe común, y no ya solamente por el esfuerzo individual.

Al contrario ¡cuán dulces eran á los oídos de los desheredados estas palabras de igualdad ante Dios, del rescate de las almas por el Hijo del Eterno ultrajado, escarnecido, azotado y muerto en la cruz de los esclavos! La pasión de Cristo era su propia historia, y la Buena Nueva parecía traída, sobre todo, á los pequeños. El héroe de los antiguos tiempos había sido el fuerte, Hércules ó Teseo, después el sabio; el héroe de los nuevos tiempos iba á ser el santo, y todos podrán serlo, porque no por la fuerza ni por la ciencia, sino por el sentimiento, iba el cristianismo á conquistar el mundo.

Para la enseñanza ordinaria, nada entonces de ambiciosos sistemas ni disputas sutiles sobre la esencia de las cosas; nada de minuciosos preceptos ni de ley difícil de comprender. La salud es la fe en aquel «que se ha hecho visible, á fin de atraer á los hombres al amor de las cosas invisibles;» y el Espíritu que inspira donde quiere, la da por la gracia. La ley es el *Sermón de la montaña*, con las adorables parábolas que lo embellecieron. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.» Para obtener el cielo, no es menester más que creer y amar. Platón había llegado al mismo punto que el cristianismo, cuando puso la regla de la moral en la imitación de Dios *Ὁμοιωσις τῷ Θεῷ*. Pero su Dios no es un hombre, y el ideal que propone es inaccesible. Tertuliano, al contrario, pudo decir: «Después de Jesús, no tenemos nada que aprender; después del Evangelio, nada tenemos que buscar.» He aquí el modelo y la regla.

La teología cristiana, á pesar de la oscuridad en que la envolviera San Pablo, estaba llena de vida y de luz: se personificaba en un Dios absolutamente separado de la naturaleza en que Marco Aurelio le envolvía aún; y en el Hombre-Dios, vencedor del mal y de la muerte, ofrecido

(1) Treinta y dos, al decir del autor del tratado *Philosophumena*, ó refutación de las herejías, escrito entre los años 230 y 240, y atribuido al obispo Hipólito; pero buen número de estas herejías provienen de los gnósticos que sólo eran cristianos á medias.

(2) Sin embargo, Plinio decía ya de los cristianos: *Multi omnis aetatis, omnis ordinis utriusque sexus*.

(3) Bourdaloue, según San Jerónimo, en el sermón sobre las riquezas.

á los hombres como tipo de perfección; más tarde será propuesta á las mujeres la imitación de la Virgen Madre y de su amor infinito. Metafísica sin sombras, en que sin embargo, encontraban materia para las más altas especulaciones grandes y poderosos espíritus; cielo sin nubes, en que parecía que todo se podía ver, palpar y comprender.

Ahora bien, en la lucha entre creencias, la victoria es siempre de aquella que tiene fórmulas más precisas, símbolos mejor determinados. El dios supremo de la raza ariana, Júpiter, había sido el *Cielo Padre* (4); el cristianismo lo reemplazaba con «el Padre nuestro que está en los cielos,» y este cambio era toda una revolución.

El culto era puro: nada de sacrificios sangrientos ni nada que no tendiera á despertar los mejores sentimientos de nuestra naturaleza: cantos, oraciones, la lectura del Evangelio y el gran acto de la comunión directa con Dios. Si algunos que hacían ya del cristianismo la religión del Dios de las venganzas, querían darle aspecto triste y lúgubre, para el mayor número era la religión del Buen Pastor, que vela por su ganado, que lo defiende contra los lobos rapaces y que trae sobre sus hombros la oveja descarriada. Esta imagen de gracia, de bondad y amor, con frecuencia repetida en las más antiguas catacumbas de Roma, era entonces el símbolo preferido de la fe cristiana. Como en esta todo era esperanza, todo hasta en la muerte respira dulzura y tranquilidad. Una paloma representaba el alma elevándose á los cielos; un cordero la reunión de los fieles; una sola vid, cubriendo los muros de la cámara sepulcral con sus frondosos sarmientos y sus dorados racimos, indicaba con símbolo también gracioso la unidad de la Iglesia, sus progresos y los frutos abundantes y dulces de la fe.

La cruz, «el signo del Señor,» que la Edad media pondrá en todas partes, con las sangrientas llagas y la trágica figura del Crucificado, es rara en las catacumbas, pero todo hacía pensar en ella: el fiel «que con las manos tendidas eleva á Dios su puro pensamiento;» el navío deslizándose sobre las ondas con sus hinchadas velas colgadas del mástil y de las vergas; el ave que hiende los aires sobre la cruz de sus alas y que parece llevar á Dios una plegaria.

La simbólica cristiana nació de las pastorales evangélicas y de la necesidad de ocultar en los sepulcros á los ojos de los paganos la fe que permanecía visible para los creyentes.

Así, pues, sencilla y profunda en su dogma, pura en su moral, milagrosa en sus tradiciones y apareciendo á los hombres bajo la divina figura del dulce Maestro de Galilea, esta doctrina reunía en sí á la vez todo lo maravilloso que habían menester las almas enamoradas de lo sobrenatural y la elevación reclamada por aquellos que cediendo y todo querían razonar su fe.

A los espíritus inquietos ó desgraciados tráales lo que no encontraban, ó encontraban imperfectamente, en los cultos orientales y en las filosofías: una promesa de salvación, y por consiguiente una esperanza. El espíritu del tiempo quería profecías, exorcismos, milagros: la Iglesia los hacía, porque el cielo los hace siempre cuando la conciencia de las multitudes los pide. «Los discípulos de Jesús, dice San Ireneo, recibieron de su Maestro el don de los milagros. Y exorcizan á los demonios, y predicen lo que ha de suceder, y sanan á los enfermos y resucitan á los muertos.»

¿Cuál era su número á fines del período antonino? Tertuliano con su ardiente imaginación veía que los cristianos

(4) *Cielo Padre*. Es el sentido de la palabra Júpiter, el Zeus de los griegos, el Varuna de los Indios, el Ahura-Mazda ó Ormuz de los persas, el Svarogú de los eslavos (Darmesteter, *Rev. de la hist. de las relig.*, t. I, p. 386).

llenaban las ciudades y las aldeas, los campos y las tribus, el foro y el senado. Pero el pagano del *Octavio* los llama todavía «el pueblo de las tinieblas.» En realidad eran una exigua minoría comparados con la masa de los habitantes del imperio. Una carta del papa Cornelio del año 251, donde se dice que la Iglesia de Roma tenía que socorrer mil quinientos indigentes, viudas y enfermos, no permite suponer que aquella comunidad fuera muy considerable. Sesenta años después, la gran ciudad guardadora de sus viejas divinidades, estaba aun llena de paganos. Constantino no encontrará un cristiano en el senado, y á fines del siglo cuarto, Símaco encontrará muy pocos en las nobles familias romanas.

Pero ¿á qué formar cálculos ni hipótesis sobre el número de los cristianos? Las minorías ardientes son las que hacen las revoluciones, y ardor no faltaba á los cristianos que después del edicto de tolerancia de Galiano, en 260, se multiplicaron rápidamente.

Los letrados de la alta sociedad romana no conocían en el siglo segundo el cristianismo, ó lo conocían muy mal: por ejemplo Tácito, Suetonio, Juvenal, Plinio el Joven, Plutarco, Luciano, Adriano y Marco Aurelio mismo. En las obras de Apuleyo, contemporáneo y compatriota de Tertuliano, y hombre curioso de *las cosas divinas*, no se encuentra una palabra de que pueda deducirse que sospechó siquiera su existencia (1).

Algunos los tomaban por una de las innumerables sectas filosóficas. Cuando Novacio salió de la Iglesia: «Paso, dijo, paso á otra filosofía.»

Pero diariamente aumentaba su fuerza, porque sólo el cristianismo curaba de aquella enfermedad desconocida de las generaciones escépticas y jubilosas que el autor de las *Seudo Clementinas*, expresaba con estas palabras: «Me duele el alma,» y como daba confianza en el porvenir de ultra tumba, animaba con ardiente espíritu de proselitismo á todos los que venían á él. En cuanto se formaba una comunidad de fieles, no tardaba mucho en prosperar «como la granja se llena de buen grano en el tiempo de la cosecha,» y muy pronto se encontraba en ella quien aceptaba como una orden dada á todos estas palabras del Maestro: *Ite et docete gentes*. Y tomaba el báculo de viaje, repartía sus bienes á los pobres, seguro de ser asistido donde quiera que hubiera *hermanos*, y allá iba á fundar una nueva cristiandad.

Nada detenía á los misioneros de la fe, ni la longitud del camino, ni el enojo de las poblaciones ofendidas por aquellos «enemigos de los dioses» en los hábitos y afectos de su vida pública y privada. Si jamás hubo hombres que parecieran á sus contemporáneos irreconciliables enemigos del orden establecido, fueron sin duda aquellos cristianos, que en medio de aquella sociedad topaban á cada paso con un ídolo que querían romper ó con una costumbre que tenían por sacrílega. Algunos perecían en los tumultos populares; otros, después de Trajano, eran enviados como rebeldes á las canteras ó á las minas, por decreto de los magistrados; otros en pequeño número, condenados judicialmente, perecían en los anfiteatros entre las garras de las fieras ó bajo la segur de los lictores.

Con todo eso, la Iglesia comenzaba á salir de las sombras que habían protegido sus principios; ya habían pasado á su seno algunos doctores paganos, y Justino acababa de pro-

(1) Tillemont no comprende cómo Plutarco, el hombre más sabio de su época, el más curioso de todo lo que se refería á materias filosóficas y religiosas, no haya pronunciado siquiera su nombre (*Historia de los emperadores*, II, p. 295).

ducirlos audazmente á la luz del día. Iba á crecer rápidamente, y á partir del reinado de Cómodo á penetrar realmente en la alta sociedad romana. La potente y sencilla originalidad de su dogma le daba gran fuerza de atracción, y aquella organización episcopal que el sacerdocio pagano no había conocido, le permitía llevar la unidad á su acción y á sus consejos, como asimismo sostener la propaganda de cada uno por los esfuerzos de todos.

Para los espíritus cultivados el antiguo naturalismo había muerto, y los filósofos llegaban á un nuevo concepto de lo divino, que por su principio y sus aplicaciones era un gran progreso en el génesis religioso de la humanidad. Este concepto se asemejaba singularmente al de los cristianos. Además, el Nuevo Testamento no es sino una predicación moral que deja muy poco lugar á la predicación dogmática; la filosofía, por su parte, renunciaba á las ambiciones metafísicas de las antiguas escuelas. El cristianismo encontraba pues en la sociedad pagana una multitud de elementos que podría reivindicar como conformes á su naturaleza, y le servían para entrar en el corazón de las poblaciones é inclinarlas suavemente hacia sí:

La pura moral de Séneca, de Epicteto y de M. Aurelio con todos los preceptos de examen de conciencia, de dirección y predicación;

La idea del común origen de los hombres y del sentimiento necesario de la fraternidad;

La caridad, como virtud esencial;

El desdén de las cosas de la tierra y de los placeres del cuerpo como principal medio de perfeccionamiento moral;

El amor de la pobreza, y aun el de la muerte, que impelía á tantos estoicos al suicidio y tantos mártires al sacrificio voluntario;

La teodicea de Filón, de Plutarco, de los platónicos y de Máximo de Tiro, con sus espíritus intermediarios entre el hombre y Dios;

La idea de la unidad divina con la creencia de las penas y recompensas;

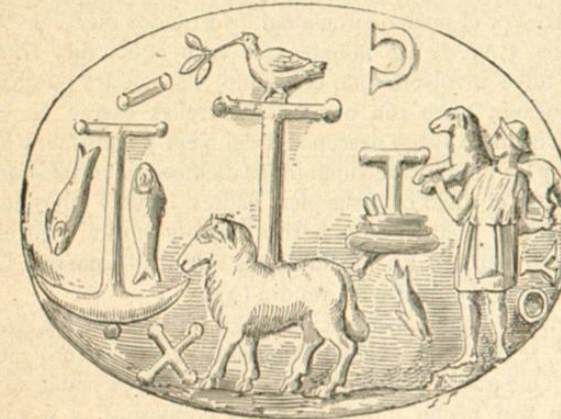
La regeneración, en fin, por la iniciación en los misterios, por el sangriento bautismo del *taurobolio*, ó el bautismo de agua, por la oblación del pan y del vino, por la santa unción en la frente de los *mistas* (2). «Vuestra religión, decía San Justino á los adoradores de los dioses, no es más que un cristianismo incompleto.» Y Clemente: «Como las bacantes dispersaron los miembros de Penteo, las sectas filosóficas han dividido hasta el infinito la indivisible luz del Verbo;» y presentía la nueva doctrina como el término de la obra comenzada por la razón humana. Tertuliano, que rompe tan altivamente con la filosofía, ha escrito la célebre frase: *Testimonium animæ naturaliter christiana*; y muchos padres y doctores participaron de este sentimiento, cuya fórmula más completa dió San Agustín: «Si los platónicos cambiaran un escaso número de palabras y pensamientos, se les podría tomar por cristianos» (3).

(2) Tantos ritos en los misterios de Mitra recordaban los misterios cristianos, que Tertuliano los llamaba *simulacra Dei*, y San Justino veía en ellos una obra del demonio; pero no tenía reparo en decir: «Nuestros principales dogmas no difieren de los dogmas de nuestros antiguos filósofos» (*Apol.* I, 55); y aun añadía: «Los que han vivido según la razón han conocido el Verbo antes de que viniera á la tierra y sido por consiguiente cristianos» (*Ibid.* I, 66; *Dial. cum Triph.* 70 y 105). Lactancio hablaba en los mismos términos (*Inst. div.* VII, 7). Séneca hubiera podido escribir su libro de *Opificio Dei*.

(3) *Paucis mutatis verbis atque sententiis christiani fierent (de Civit. Dei, IV, 7)*. Minucio Félix dice también en su *Octavio*: «Parece que por momentos los antiguos filósofos se avienen de tal manera con los cristianos, que se podría decir ó que los cristianos de hoy son filósofos, ó que los filósofos de otro tiempo eran cristianos.»

Este cristianismo filosófico parece también acercarse por un signo exterior á las antiguas filosofías y querer, á los ojos de la multitud, confundirse con ellas. Algunos cristianos toman el manto de los filósofos; como ellos, iban á la plaza pública á reprender al pueblo, á echarle en cara sus vicios, á anunciar al Dios único y subsistente por sí mismo, Aquel que en la Biblia se definía: *Ego sum qui sum* y al que se honraba en Delfos con una sola palabra: *es, eres*. Cuando se extrañaba encontrar en sus discursos algunas novedades, contestaban: «Nosotros no enseñamos nada nuevo ni extraordinario, nada que no recomienden los libros de las escuelas y la ciencia común.»

El naciente arte cristiano se ingería también en el arte antiguo, que iba á morir; pero hay que reconocerlo bien, á riesgo de contradecir entusiasmos fáciles de exaltar, las pinturas de las catacumbas no son sino ensayos informes. Estos comienzos del arte cristiano son respecto del arte verdadero, lo que el grito de un recién nacido comparado con la voz viril que llena el santuario. Bien se ve que estos frescos



Símbolos de la cruz (1)

fueron obra de pobres artistas que trabajaban para más pobres clientes. Dos cosas, sin embargo, se notan en él que durarán mucho: el simbolismo y el desprecio de la forma.

En las más antiguas catacumbas, muchos de sus adornos están tomados de fuentes paganas, pero desviados de su antiguo sentido para responder á los nuevos sentimientos. Se ve allí á Orfeo tocando el arpa entre animales fieros: es Cristo que calma y apacigua los fieros instintos; Baco es el dios de la celestial vendimia; Psiquis el amor divino; el Jordán el dios de los ríos; el Buen Pastor que trae sobre sus hombros el cordero fatigado, figurando la humanidad paciente, podría pasar por el Hermes *Kriophoros* ó por el rústico Pan; Ulises amarrado al mástil de su navío, á fin de no tener nada que temer de los peligrosos cantos de las sirenas, es la Iglesia atravesando sin caer las tentaciones del mundo. El grano de trigo que renace á la vida después de haberse descompuesto en la tierra y el racimo pisado en el lagar, de donde corre el vino, habían sido en los misterios de Eleusis símbolos de resurrección, y también lo fueron para los cristianos. El pez tan á menudo representado no pertenece á la mitología greco-latina (2); pero alrededor de las representaciones simbólicas de la nueva fe, las guirlandas de follaje, los vasos de flores y de frutos, las

(1) De una piedra grabada, publicada por Garucci y Martigny. Sin duda es del cuarto ó quinto siglo.

(2) En la simbólica de los Padres, el mar significa la humanidad; por los peces se entienden los hombres, y el pez por excelencia el Hombre-Dios, Jesucristo. Por un encuentro fortuito se pudo con las cinco palabras que lo designaron *Ἰχθὺς Χριστὸς Θεοῦ υἱὸς σωτήρ*, formar un acróstico que reproduce la palabra *Ἰχθὺς* pez.

aves, etc., recuerdan el arte decorativo de los paganos.

Nada, en efecto, se improvisa en la eterna transformación de las cosas. Para expresar nuevas creencias, los primeros artistas cristianos tomaban formas antiguas, como los primeros Padres de la Iglesia tomaron tan á menudo el lenguaje de Séneca y de Platón; pero este doble homenaje á lo pasado se olvidará muy pronto. Los teólogos combatirán á los filósofos y el arte nuevo acabará de matar el arte antiguo. Este había realizado la más perfecta armonía entre el cuerpo y el alma. A Júpiter daba Fidias la majestad con una alta y poderosa forma, que ha venido á ser el tipo de la belleza varonil. El cristianismo, enemigo de la carne, la reducirá á ser sólo una envoltura trasparente y frágil, y en aquellos cuerpos demacrados no se encontrará ya la belleza ideal en que el Creador debe complacerse, puesto que es obra de sus manos. El arte cristiano no será un arte verdadero hasta el día en que, con Rafael, vuelva á ser pagano, añadiendo al culto de la expresión el de la forma.

## VII. - RESUMEN GENERAL

La conquista del mundo por los romanos tuvo por consecuencias necesarias cuatro revoluciones.

Una revolución política: viniendo á ser la ciudad un mundo, debió sustituir el gobierno de muchos por el gobierno de uno solo.

Una revolución social: los vencidos ocuparon el lugar de los vencedores por el poder del número, del trabajo y de la inteligencia, y las leyes estrechas y duras de la república vinieron á ser las leyes generales y humanas del imperio.

Una revolución filosófica: las diversas escuelas se mezclaron como se mezclaban todos los pueblos y sus sistemas vinieron á terminar en una gran síntesis. En lugar de la metafísica que divide, porque proviene de especulaciones particulares del espíritu, no estudiaron ya más que la moral que reúne, porque procede de la naturaleza humana, que es la misma en todas partes.

Una revolución religiosa: al principio imponía Roma á los cultos locales el de Roma y los Augustos, y no había una ciudad en que no se levantara su altar: era la religión nacional. Pero veis aquí que viene la religión universal, y por la primera vez verá el mundo un culto que no depende de una ciudad, ni de un pueblo, ni de un imperio; una religión sin patria, que á lo menos, no querrá otra que la del género humano (3).

De estas cuatro revoluciones, la primera fué objeto de nuestra narración histórica desde los Gracos hasta Tiberio; comenzada la última al mismo tiempo que las otras tres, no se consumará hasta mucho tiempo después de los Antoninos; la segunda y la tercera quedan expuestas en el cuadro que acabamos de trazar de la sociedad romana en los dos primeros siglos de nuestra era.

Si este cuadro es verdadero, habrá de creerse necesariamente que aquella sociedad tenía en sus instituciones civiles y en sus costumbres fuerzas de conservación, y en sus ideas fuerzas de renovación. Reflexiónese en la habilidad de su gobierno, en que se sucedieron más príncipes conscientes de los deberes de su cargo, que en las monarquías absolutas en el mismo espacio de tiempo (4), en la disciplina de sus legiones, en la vida activa y amplia de sus poblaciones, en la fuerte constitución de la familia y de la

(3) El budismo antes del cristianismo, y el islam después, tuvieron igualmente este carácter extraño á toda religión nacional.

(4) Si se añaden á los 44 años del principado de Augusto los 84 del período Antonino, los reinados enteros de Vespasiano y de Tito, la

ciudad, en la sabiduría de sus grandes escuelas de legislación y de filosofía, cuya última palabra era la unidad de la razón, del derecho, de la humanidad y del principio inmaterial del universo; entonces se reconocerá que el imperio de los Antoninos era un cuerpo robusto cuya vida intelectual tenía también grandeza.

Verdad es que los romanos conservaban tres grandes iniquidades: la esclavitud, la abominable dureza de las leyes penales y la ultrajante distinción que separaba al *humilior* del *honestior*. Además, el desacuerdo entre las doctrinas de los sabios y la vida de la multitud era grande en aquella sociedad, ávida de placeres, que como tantas otras, daba más á los vicios que á las creencias. Pero la esclavitud con su consecuencia natural, la atrocidad de las penas, era una institución del derecho de gentes, que el cristianismo no suprimió, porque sólo el tiempo y con él los progresos del pensamiento humano podían acabar con ella: la contradicción entre las costumbres y el ideal enseñado es por otra parte achaque de todas las épocas.

Si el imperio no hubiera guardado otras causas de ruina, no habría sucumbido á estos males; mas por desgracia, en aquella sociedad aristocrática, no había aristocracia capaz de defender y reprimir á su jefe omnipotente, ni este jefe comprendía que en vez de considerar el imperio como un dominio hereditario, debía á ejemplo de Nerva, de Trajano, de Adriano y de Antonino, legarlo al más digno. Los derechos de la sangre triunfaron de los del Estado. Marco Aurelio eligió un sucesor, que por su edad y por sus vicios, era inhábil para ejercer el poder absoluto, y todavía dará Septimio Severo este poder sin límites á un hijo parricida, á lo menos de intención; de modo que volverán á empezar las orgías del poder. Bajo la presión administrativa, la vida cesará de circular libremente en el cuerpo social que se aniquilará, mientras el ejército más y más extraño cada día á la población civil, turbará el Estado con frecuentes revoluciones y arruinará sus rentas, perdiendo él mismo en el universal desorden su disciplina y su fuerza. En fin, la crisis religiosa se aproxima.

Parece que cristianos y paganos hubieran podido entenderse, puesto que en ciertos respectos el cristianismo era la fórmula religiosa de las filosofías paganas. Pero «de uno á otro extremo del mundo social, se encontraban las verdades sin reconocerse,» y la pasión popular hacía inútil la buena voluntad de los obispos y de los príncipes. Si la turba de las grandes ciudades pedía á voz en grito cristianos para las fieras, si los ingenios sutiles los perseguían con sarcasmos insultantes y caricaturas que debían parecerles una abominación, en las filas del nuevo pueblo había también hombres violentos, que en vez de procurar, como Justino y Clemente de Alejandría, unir los secuaces de Platón con los discípulos de Cristo, abrían entre ellos un abismo. Hermias ensayaba el estro de Luciano para entregar á la irrisión, en una especie de libelo piadoso, á los filósofos haciendo resaltar las contradicciones de la antigua metafísica. «Todo en vosotros, les dice, es oscuridad engañosa, perpetua ilusión, abismo de ignorancia. Filósofos, ved cómo el objeto de vuestra ardiente investigación se desvanece á vuestros ojos para siempre. ¡Cuán inexplicable y vano es el fin que os proponéis!»

No son solamente las creencias, es también el espíritu de la sociedad pagana lo que la Iglesia se propone cambiar. La libertad filosófica de la Grecia había creado la

mitad acaso de los de Tiberio, Claudio, Domiciano y los comienzos de Nerón, se hallará que en 210 años tuvo el imperio 160 no ya sólo de buen gobierno, sino también de buenos príncipes.

ciencia; el idealismo místico que, para siglos, va á tomar posesión de las inteligencias superiores, sólo querrá especulaciones teológicas. A la cabeza de su libro había puesto Hermias las palabras de San Pablo: «La sabiduría de este mundo es locura ante Dios (1),» y Tertuliano las repite con cólera; y maldice aquella civilización que los sabios hubieran querido salvar penetrándola dulcemente del nuevo espíritu; rechaza con horror los compromisos y ni aun quiere que el cristiano sea magistrado ni soldado, ni menos que celebre la victoria ó la fiesta del emperador.

El á lo menos se contenta con este abandono de los deberes cívicos; pero hay otros que gritan abominando de los ricos y hacen votos por la destrucción del imperio. Hacia el año 250, otro africano, Comodiano, deja estallar su júbilo al anuncio de un formidable asalto que los godos y los persas iban á dar á las provincias romanas. «¡Desaparezca, en fin, exclama, desaparezca este imperio de iniquidad!» Cree á Roma ya caída y ve llorando en la eternidad á la que eterna se creía.

No está condenada Roma sola; también el mundo va á perecer. Por el pueblo circulaban los irritados oráculos de la Sibila. «¡Ay de las mujeres que vean aquel día! Una densa nube envolverá todo el mundo; los celestes lumináres chocarán unos con otros y las estrellas caerán en el mar. Un río de fuego descenderá del cielo y consumirá la tierra, y los hombres rechinarán los dientes, cuando sientan inflamarse el suelo bajo sus pies. Padres, madres, hijos, todos vendrán á arder en el horno divino y se oír rugir el profundo Tártaro. En medio de sus torturas llamarán á la muerte, pero la muerte no vendrá (2).»

Tertuliano que había nacido en los últimos días de Antonino, repite estas palabras funestas: «¡Ah! ¡cuánto me reiré! ¡Qué gusto, qué dicha para mí ver á esos poderosos que se han hecho dioses, y á sus cortesanos, y á sus magistrados perseguidores, y á esos sabios filósofos ardiendo en revuelta confusión con su Júpiter Olímpico en un fuego vengador! Entonces el actor trágico dará verdaderos gritos en su propia desdicha, el muelle comediante se deshará en las llamas y el auriga del circo aparecerá en un carro de fuego infernal.»

Sombrías imágenes, gritos desesperados y amenazadores que debían poner terror y odio en el ánimo de los paganos.

Por otra parte, el politeísmo, religión oficial del Estado, no quería abdicar en manos de aquellos «mendigos de Cristo;» y como el Hércules ceñido de la túnica fatal, Roma no podrá arrancársela sin desgarrar sus carnes. Así, la desconfianza y el odio dividirán á los ciudadanos; á una cruel persecución sucederá una semi-tolerancia; la sangre correrá á raudales y el glorioso espíritu que modeló las civilizaciones griega y latina se velará para siglos. Entonces aquel imperio que había sido para tantos hombres una bendición, debilitado por la guerra religiosa en el momento en que todo el mundo bárbaro se agita para invasiones formidables, será ensangrentado hasta el fondo de sus provincias por la guerra extranjera, y los pueblos que tanto tiempo habían vivido tranquilos á la sombra de su parra y de su higuera, verán en medio de sus campos las hogueras del enemigo.

Se acabó para siempre la *pas romana* y para muchos siglos la ciencia y el arte; pero se iba á dar al mundo una grande esperanza.

(1) I Corinth. I, 20.

(2) Boissier, *les Origines de la poésie chrétienne*, según los *Oracula sibyllina* de Alejandro, II, 194 y siguientes.

## UNDECIMO PERIODO

### LOS PRÍNCIPES AFRICANOS Y SIRIOS (180-235)

#### CAPITULO LXXXVIII

##### COMODO, PERTINAX, DIDIO JULIANO Y LAS GUERRAS DE SEVERO (180-211)

###### I. — CÓMODO (180-192)

El 31 de agosto fué un día dos veces nefasto para el imperio romano, como quiera que en él hubieron de nacer Calígula y Cómodo. Después de doscientos diez años que Roma tenía emperadores, este fué el primero que hubiera visto la luz en la púrpura, por lo cual se le llama *porfirógénito* (1); pero su reinado no será bueno para recomendar á los romanos el sistema de la sucesión hereditaria. Apenas tenía 19 años, cuando Marco Aurelio murió (2). Su padre le había dado los mejores maestros; pero una índole ingrata hizo inútiles sus afanes: á los doce años de edad no halló á su gusto el agua del baño por estar más ó menos caliente, y el imperial niño mandó arrojar al horno al pobre bañero. El poder absoluto que heredó tan joven acabó de perderlo, porque muy luego los que un antiguo llama preceptores palaciegos (*in aula institutores*) tomaron predominio sobre su débil espíritu. Sus bustos y medallas lo representan con la mirada estúpida de un hombre por cuya inteligencia no ha pasado nunca un pensamiento viril. Depravado y tímido á la vez, será cruel, cuando una palabra ó una señal basten para librarlo de los que le den miedo.

El imperio no era hereditario; pero los emperadores quisieron siempre que lo fuera, y á falta de grandes instituciones de gobierno, era inevitable. Los hijos de príncipes encontraban pues en su cuna los títulos y honores, algunos de los cuales hubieran sido, para un ciudadano, la recompensa de una larga vida de servicios públicos. A los cinco años de edad fué ya Cómodo nombrado César; á los catorce, miembro de todos los colegios sacerdotales y príncipe de Juventud, bien que no vistiera aun la toga viril; y á los diez y seis fué cónsul y hasta *imperator* con el poder tribunicio. Es decir que tenía todos los títulos imperiales, menos el de *Augusto*, signo del poder supremo, y el de pontífice máximo, que era indivisible á la sazón. Sobre esto, lo asoció Marco Aurelio á su triunfo sobre los germanos y en 178 lo llevó consigo á su expedición contra los marcomanos.

En fin, corrió el rumor de haber ayudado al Sabio «á devolver á la naturaleza los elementos que le había prestado.» Dion Casio acusa á los médicos de Marco Aurelio de

(1) Es decir, nacido durante el reinado de su padre. Cómodo, Pertinax y Juliano no eran africanos ni sirios; mas el primero no merece figurar entre los Antoninos. En cuanto á los otros dos, que tan poco reinaron, su historia se enlaza con la del primer africano.

(2) Marco Lucio Elio Aurelio Cómodo Antonino nació el 31 de agosto de 161 y sucedió á M. Aurelio el 17 de marzo de 180. Sobre su reinado, tenemos el compendio informe de Dion por Jifilino (lib. LXXII), el primer libro de Herodiano, que es obra de un retórico, y la confusa biografía de Lampridio.

haberlo envenenado á instigación de Cómodo; pero Dion era contemporáneo y los contemporáneos dan oídos á todas las calumnias. Dos inviernos pasados bajo un cielo inclemente eran peligrosos para aquel hombre del Mediodía, á quien una pobre constitución hacía á los cincuenta y nueve años un anciano agotado de fuerzas y de vida. Añádanse á esto los cuidados de una guerra difícil y además la peste, y no hay necesidad de poner á cargo de Cómodo un parricidio, ya que su cuenta es larga y grave.

Mencionamos sólo para memoria que dedicó un templo á su padre, con sacerdotes, flamines antoninos y todo lo que la antigüedad había establecido para las *consagraciones*. Después no le pareció el nuevo dios bastante ilustre y quiso que se le llamara hijo de Júpiter y no de Marco Aurelio.

Cómodo subió al poder sin oposición. Se le aconsejaba que aprovechara el cansancio de los bárbaros para acabarlos de abrumar; pero los jóvenes nobles aburridos de aquellos combates sin gloria en el pantanoso suelo de Panonia y de aquella vida sin placeres en duros campamentos bajo cabañas de barro ó de cañas, le recordaban sin cesar las suntuosas *villas* de Tibur, las fiestas del anfiteatro y las seducciones de la vía *Sacra*, y con esto se dió buena prisa en volver á Roma á gozar de sus palacios, de sus tesoros, de su poder soberano. Esperó, sin embargo, que los viejos generales de su padre renovaran el tratado de Marco Aurelio había impuesto ya una vez á los bárbaros.

Y en efecto, los marcomanos y los cuades prometían no acercarse al Danubio en cuarenta estadios de sus bordes, y entregar armas, auxiliares, cautivos, tráfugas y cierta cantidad de trigo, de que los eximió más tarde Cómodo. Se les prohibió atacar á los yaciges, á los burios y á los vándalos. Tenían estos pueblos sus mercados, que frecuentaban los negociantes romanos, pero que eran también ocasión de asambleas en que se concertaban proyectos hostiles al imperio, y se les prohibió también tener los mercados más de una vez mensual; se determinó el sitio en que los habían de tener; se les sometió á la vigilancia de los centuriones y con fortines construídos á lo largo del río se impidió el contrabando. Un tratado análogo se concluyó con los burios.

El imperio pudo creer entonces que su dominación é influencia indiscutible reinaba en las dos vertientes del valle del Danubio, desde el mar Negro hasta la Bohemia, y que los Cárpatos hasta los montes de la Moravia le servirían de infranqueable barrera.

Pero Cómodo había renunciado al antiguo derecho de hacer levas anuales en aquellas tribus batalladoras, es decir á tomar sus mejores guerreros. Además hubo de devolverles todas las fortalezas que se les habían tomado, cuando